

que señalan con las marcas de sus respectivas pruebas haber poseído unas cualidades de excepción al servicio de unos determinados ejercicios atléticos. Cualidades que más de una vez han sobrepasado lo que los técnicos habían marcado como el límite de las posibilidades humanas. Convengamos, no obstante, que estas excepcionales cualidades se han visto favorablemente ayudadas por el perfeccionamiento sutil de la técnica de especialidades y de los métodos de entrenamiento; permitiendo al individuo acercarse al rendimiento máximo que puede ser capaz. Porque, es evidente que la misión específica del entrenamiento es servir de revelador a las posibilidades transmitidas por herencia. Si un atleta es portador de un valioso caudal hereditario, sólo por este hecho está en condiciones teóricas de dar un elevado rendimiento; el entrenamiento no puede obtener, por mucho que se prolongue y enérgico que sea, más que aquello que viene permitido por herencia, favorecido por las influencias ambientales (clima, alimentación, etc.) y denunciado por el diario provecho obtenido mediante el entrenamiento repetido. Así, pues, los beneficios obtenidos por un atleta son claramente somáticos; nunca ingresan en el patrimonio hereditario y, por tanto, no son transmisibles por herencia. Por ello el entrenamiento no tiene otro valor que el de revelar las posibilidades hereditarias.

Por tanto, los "récores" mundiales pueden mejorarse en el futuro, porque, aumentando el número de individuos que hayan practicado una prueba determinada, existe un mayor tanto por ciento de probabilidades de encontrar al hombre superdotado y que además se encuentre con mejores medios de revelar su extraordinario caudal hereditario. Claro que puede suceder, cosa no probable, que el hombre de más posibilidades o con mejores medios de revelarlas de cuantos han practicado, practican o hayan de practicar una especialidad sea uno de los actuales "récoremans" del mundo, con lo que ya no sería posible una superación.

Siendo que los caracteres adquiridos no se heredan, los progresos en el orden atlético y físico, que se notan a través de las generaciones deportivas, se deben, sin duda, a que, al menos, el espíritu deportivo y las acrisoladas costumbres que los han hecho posibles podrán ser inculcadas a las nuevas generaciones que se formen, señalándoles el camino de perfeccionarse. Residiendo aquí el verdadero valor educativo del deporte como medio de mejora de la humanidad en su aspecto físico y hasta moral; porque el llegar a ser, requiere un esfuerzo propio. Ello proporciona la posibilidad de igualar las diferencias entre atletas que en condiciones naturales se encuentran muy distanciados. Casi siempre estamos en condiciones de lograr unas marcas que nos